

Anotaciones para una Bibliografía Geográfica Argentina

016: 91 (82)

1.—*Síntesis histórica del conocimiento geográfico de la República Argentina.*

Durante el Coloniaje, es decir, por el espacio de tres siglos, comprendidos entre el Descubrimiento y la Revolución de Mayo, el territorio argentino fué conocido sólo en parte y muy superficialmente. Aunque fuera ridículo exigir, para aquel entonces, un conocimiento acabado y científico de las características geográficas del país; sin embargo, es menester confesar que no pasaba de un conocimiento empírico, superficial y de conjunto — dése la culpa de ello al atraso de la época o a la deficiencia intelectual de los conquistadores. — Exceptuando la costa inmediata al Plata, las riberas de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, como asimismo las afueras de los principales centros de población del interior; exceptuando esto, decimos, quedaba casi todo el territorio, el inmenso *retroterra*, sumido en las tinieblas; a menos que se tomen en cuenta las raras y fantásticas noticias suministradas por los indígenas, más o menos salvajes, que vagaban libremente entre los esteros chaqueños y emprendían largas y fatigosas marchas, a pie, por la Pampa y Patagonia, movidos por las necesidades de la vida y por su espíritu, condiciones que sirven casi de espejo a los aspectos del suelo.

En los comienzos del siglo XVI, cuando hacerse a la mar equivalía siempre a un desafío audaz lanzado contra lo ignoto, cuyo aspecto misterioso adquiría grandes proporciones y dorado cariz en las mentes calenturientas de la época, cuando

toda expedición podía dar lugar a una singular epopeya, donde se desplegaba un mundo de heroísmos y se cosechaban riquezas y poderíos sin fin, cuando la turbamulta de hidalgos famélicos, de aventureros sin escrúpulos y de brillantes y aguerridos espadachines, pródigos y bravucones, llevaba en su pecho el ansia arrebatadora de conquistar imperios, gloria y riquezas, la parte austral de la América meridional tuvo también un sinnúmero de episodios épicos, tuvo, indudablemente, sus páginas de historia heroica. Esta región puede enorgullecerse, con justicia, de sus conquistadores, cuyos rasgos llegaron a lo sublime, y si no han alcanzado el renombre de otros no es por falta de sacrificios y de aptitudes personales, sino más bien porque la suerte no les deparó un campo más propicio, porque el escenario donde actuaron no tuvo la importancia política que permitiera el despliegue completo de sus actividades y premiara sus esfuerzos, colmando sus deseos y realizando sus esperanzas. Faltó el vellocino, mas no faltaron los argonautas; el territorio argentino, con su población un tanto escasa, y careciendo de una riqueza metalífera cual la esperaban los conquistadores, no tuvo el esplendor de los imperios incásico y mexicano y por esta causa quedó, por mucho tiempo, olvidado injustamente.

Sin embargo, revisando la historia de la Conquista y del Coloniaje, es fácil encontrar, aquí y allá, varias expediciones que, directa o indirectamente, aumentaron el reducido caudal de conocimientos geográficos; sus datos se hallan dispersos en numerosas crónicas, cartas, informes y relaciones de viaje, escritas en tiempos del Descubrimiento. En 1520, la memorable expedición de Magallanes reconoce la exploración hecha en el Plata, pocos años antes, por el desdichado Juan Díaz de Solís; recorre la costa patagónica, inverna en San Julián y encuentra felizmente el ansiado estrecho, anhelado por muchos marinos; uno de los expedicionarios, Antonio Pigafetta, nos describe, por primera vez, el paisaje y los habitantes patagónicos.

Característica de los conquistadores españoles (que no han tenido los ingleses) ha sido la de internarse rápidamente hasta el corazón del Continente, facilitando, de tal modo, el conocimiento de conjunto del país y permitiendo, así, las futuras exploraciones científicas. Esforzados, llenos de esperanza y sin

retroceder ante ningún peligro, Caboto, García, Mendoza, Ayolas, Irala, Alvar Núñez y varios otros incorporan al patrimonio del rey de España vastas regiones atravesadas por el Paraná y por el Paraguay; las peripecias de estos viajes se hallan consignadas en las cartas de Rogelio Barlow, Luis Ramírez y Francisco de Villalta, en la interesante narración de Ulrich Schmidel y en otros documentos de la época. Pero, no obstante todos los esfuerzos hechos, durante varios siglos, subsiste la incógnita del Chaco, el Chaco misterioso y engañoso cuyo conocimiento se ha completado, tan sólo, en los últimos tiempos.

En honor de los conquistadores españoles, hay que decir que llegaban al interior del Continente, no sólo siguiendo el curso de sus ríos caudalosos y fácilmente navegables, sino que sabían también llegar después de largas y penosas marchas, efectuadas en un terreno desconocido, lleno de obstáculos propios del modelado geomorfológico y poblado por tribus casi siempre enemigas. Los conquistadores del Perú, no contentos con haberse adueñado de un imperio tan grande y tan rico, sueñan con el ensanche del país conquistado; un pequeño grupo de aventureros muy osados atraviesa el país de los Charcas, penetra en los valles de los indios Calchaquies — Diaguitas, si se prefiere — y explora, en varios sentidos, el país del Tucumán. Otros aventureros, procedentes de Chile y unidos a los del Perú — a menudo luchan entre ellos por enmarañados litigios jurisdiccionales —, en pocos años, conquistan la zona andina y la del centro, cubren de ciudades el interior y toman pronto contacto con los del Plata. En estas expediciones, fracasadas unas y felices otras, toman renombre Diego de Rojas, Juan Núñez de Prado, Diego de Villaruel, Francisco de Aguirre, Jerónimo Luis de Cabrera y Hernando de Lerma.

Pero, aparte las exploraciones efectuadas en el siglo XVI, en las siguientes centurias no aumentaron mayormente los conocimientos geográficos; ello fué debido a que los españoles, perdido el impulso inicial que había determinado la admirable empresa de la Conquista, como extenuados por el singular esfuerzo realizado, conformáronse con los territorios ya conquistados y fueron acostumbrándose a esa vida indolente que reinó durante el Coloniaje. Las exploraciones efectuadas en los siglos XVII y XVIII fueron raras y de escasa importancia; reves-

tían casi siempre el carácter de expediciones enviadas con el propósito de castigar los indios que, con sus frecuentes malos, iban molestando las estancias y, a veces, las mismas ciudades.

Los centros poblados, diseminados por el vasto territorio argentino, escasos de habitantes y comunicándose mal y saltuariamente, no podían progresar y ese estado de cosas hizo pronunciar a Sarmiento la conocida frase efectista: «el mal que aqueja a la República Argentina es la extensión». Y esto era verídico, por cuanto, fuera de esas contadas ciudades que llevaban vida raquítica, lo demás era desierto, era desconocido y los españoles, entregados a una especie de modorra, ya no se preocupaban de ensanchar la zona conocida. Es que las diferentes manchas de aceite, que prosiguiendo su marcha inicial habrían cubierto todo el mapa del país, se detuvieron y quedaron casi aisladas, contando con reducidos y, a veces, inseguros puntos de contacto.

Una respetable contribución para el conocimiento exacto de la cuenca del Plata se debe a los jesuitas que evangelizaron un extenso territorio y fundaron aquel régimen teocrático que ha recibido tantos juicios encontrados, de historiadores apolo-gistas y adversos. Algunos ilustrados padres de la Compañía de Jesús, debido a su preparación intelectual, han estado en óptimas condiciones para estudiar el país que les cupo evangelizar; varias son las descripciones que aparecieron en aquella época (siglo XVIII) sobre el Paraguay, las Misiones y los países limítrofes; unas son descripciones de viaje, otras relatan el estado de cosas existente en las Misiones y nos suministran diversos datos geográficos; es de entonces la *Descripción Chorographica del Terreno, Ríos, Arboles y Animales de las dilatadissimas provincias del gran Chaco Gualamba...* (1733), del padre Lozano. A los misioneros se debe, también, la publicación de varios mapas, algunos de mucho valor, si se considera que han sido levantados con medios e instrumentos deficientes.

Las islas Malvinas llaman la atención de las autoridades españolas, porque aparecieron por allí marinos franceses y británicos. Las costas patagónicas, después de Magallanes, fueron reconocidas por muchos navegantes de España y de otras naciones; pero, las exploraciones no se internaban nunca, ni si-

quiera seguían el curso de los ríos. Tiene sólo valor retrospectivo la carta de la Patagonia, debida a los jesuitas de Chile y publicada en 1635. La publicación de la importante obra del padre Tomás Falkner sobre la Patagonia, hecha en inglés en 1774, impulsó el gobierno español a organizar una expedición, con el propósito de explorar ciertos puntos del Sud y evitar un golpe de mano de otras naciones, sobre esas regiones; destacáronse, especialmente, los marinos Viedma y Villarino, en el estudio de los ríos Colorado y Negro.

El renombrado Martín de Moussy ha dicho, con razón, que: «L'Espagne n'aimait pas que l'on fit connaître ses domaines». Pero, en las cuestiones de límites que, por largo tiempo, tuvo pendientes con Portugal, costóle muy caro este error. España se encontraba en situación inferior a la de su adversario, puesto que no conocía el territorio en litigio; así fué como — aunque tarde — envió una expedición científica de la cual formaba parte el célebre naturalista Félix de Azara; la labor científica llevada a cabo revistió suma importancia geográfica y cierra dignamente el período colonial, junto con la *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por los Peguenches y los demás espacios hasta el río de Chadileubu*, escrita a principios del siglo XIX por Luis de la Cruz.

Podemos dividir la historia de los conocimientos geográficos en la Argentina, en tres períodos:

a) *Conquista y Coloniaje* (escasez de obras puramente geográficas y de datos exactos, conocimiento de conjunto del territorio);

b) *Desde la Revolución hasta cerca de 1860* (ampliación de los conocimientos anteriores, estudios de carácter científico comenzados esporádicamente);

c) *Desde 1860 hasta hoy* (serie de estudios generales y monográficos del territorio, progreso de las ciencias auxiliares, trabajos cartográficos de precisión).

La Revolución de Mayo — dados su carácter y su desarrollo no determina un cambio inmediato, brusco, en el conocimiento geográfico del país; a pesar del aumento de población y de una que otra manifestación de progreso, las ciudades del interior conservan, durante muchos años, el aislamiento heredado del

Coloniaje y sostenido por el caudillismo triunfante. Sin embargo, se hacen algunos avances en territorio indio y, entre el caos político, nacen varias obras de carácter geográfico. Son de esta época las observaciones de Alcides d'Orbigny, la interesante obra de Arenales sobre el Chaco y el libro, importante por cierto, de Woodbine Parish: *Buenos Ayres and the Provinces of the Río de la Plata*.

Pero, la obra de mayor trascendencia de todo el período es, indudablemente, la realizada por los marinos ingleses King y Fitz-Roy, embarcados sobre el bric «Beagle» que, salido de Inglaterra a fines de 1831, realizó una larga y proficua campaña hidrográfica sobre las costas de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Este estudio reviste capital importancia científica, puesto que se llevó a cabo con sumo cuidado y esmero. Compañero de Fitz-Roy ha sido el ilustre naturalista Carlos Darwin, quien estudió una buena extensión de la Pampa y de la zona patagónica.

Pero, podemos decir que el estudio verdaderamente científico de la República Argentina arranca a partir de 1860, tomando esta fecha tan sólo como una indicación conveniente, por cuanto, no es posible señalar un instante preciso que sirva de límite a dos edades, por razones archiconocidas. En 1860, comienza la publicación de la obra fundamental de Martín de Moussy, acompañada de un Atlas: *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*; es de 1867 el libro: *Río de la Plata e Tenerife. Viaggi e Studi*, de Paolo Mantegazza, autor muy conocido por otras manifestaciones de su talento; Burmeister, en 1876, da comienzo a una obra de plan muy vasto: *Description Physique de la République Argentine*.

Después de 1870, comienza a hablarse, con mucha insistencia, de una expedición llamada a dar un notable impulso al conocimiento exacto del país; es la expedición al desierto, iniciada por Alsina y terminada, de un modo brillante por Roca. En poco tiempo, las huestes salvajes, que acampaban a no mucha distancia de Buenos Aires, son barridas de la Pampa y las tropas acampan en el valle del Río Negro, para conquistar gradual y definitivamente el Neuquén y el resto de la misteriosa Patagonia.

En Buenos Aires, al lado de la preexistente *Sociedad Cien-*

tífica Argentina, surge en 1879 el *Instituto Geográfico Argentino*, al cual la geografía del país debe muchísimo, por la publicación de mapas y de hermosos escritos en su valioso Bole-tín; siguió, poco después, la *Sociedad Geográfica Argentina* que ha tenido una duración un tanto efímera. Gracias al pa-trocinio gubernativo y de estas asociaciones, una legión de ex-ploradores emprendió la noble tarea del estudio detenido de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Merecen una cita: Ramón Lista que efectuó numerosas exploraciones, Francisco P. More-no cuya actuación resulta sumamente meritoria, Fontana, Bur-meister, Villegas, Popper, Bove, Bridges, Carlos M. Moyano y los Misioneros Salesianos. De este modo, toda la parte austral de la Argentina fué conquistada para la civilización y se pudo comprobar que la realidad no estaba de acuerdo con el con-cepto, entonces existente, de una Patagonia desierta y estéril, concepto de formación precipitada, pero, con ciertos visos de verdad, debido al error a que induce el aspecto de la costa atlántica.

Mérito grande de la última época es, también, el de haber despejado la incógnita de la zona chaqueña, zona que ha ofre-cido siempre serios obstáculos al avance del blanco. Después de 1880, resuelto ya el problema indio del Sud, se suceden va-rias expediciones con el propósito de explorar el curso de los ríos Bermejo y Pilcomayo y de encontrar un camino practica-ble entre las provincias andinas del Norte y los ríos Paraguay y Paraná, atravesando la interesante región de los bosques y de los esteros; problema que preocupó muchísimo ha sido el de la navegabilidad del Pilcomayo, para establecer una comuni-cación fluvial entre el Paraguay y Bolivia. En virtud de varias expediciones militares y del arrojó de buen número de viajeros, el Chaco ha dejado de ser la región misteriosa de antes, cuando los obstáculos de la naturaleza y la hostilidad indígena no per-mitían descorrer el velo. El viajero francés Thouar penetra en los esteros del Pilcomayo para buscar los restos del malogra-do Crevaux, caído víctima de la barbarie indígena; son im-portantes los viajes de Francisco Host, Luis Jorge Fontana, Juan de Comings, Olaf J. Storm, Giovanni Pelleschi, Benja-mín Victorica y J. Amadeo Baldrich.

Palpitante de interés nacional, pues apasionó todo el país y

tuvo el mérito de fijar la atención de los estudiosos sobre comarcas lejanas y olvidadas, fué la ventilación de las cuestiones de límites pendientes con las naciones circunvecinas, especialmente los pleitos con Chile y con el Brasil, «cuestiones en que hemos tenido siempre que ceder, sea dicho de paso, por la falta de datos de precisión en que apoyar nuestros derechos», escribe atinadamente el coronel Garéa Aparicio. El problema estaba mal planteado; las interminables polémicas oficiales y extraoficiales, las réplicas y contrarréplicas, la aparición de voluminosas obras de las plumas más hábiles eís y ultrandinas, embrollaban más y más el asunto, agriaban los ánimos y no aportaban ningún nuevo elemento de juicio sereno, claro y racional. Esta situación duró largos años, el núcleo de la discusión giraba siempre alrededor de argumentos sofísticos; triunfaban los artes del mejor leguleyo, cuando, más que en la historia, la solución del problema se hacía descansar sobre interpretaciones, más o menos interesadas, de los derechos, casi siempre hipotéticos, de tal o cual conquistador español en una región desconocida. Menos mal que — aunque tarde — se emprendió el estudio del terreno en litigio, llevando al punto discutido el auxilio del argumento geográfico.

Las exploraciones del territorio argentino — especialmente las del Coloniaje y de la primera mitad del siglo XIX — han carecido casi siempre de un plan metódico y continuado de investigaciones; así se explica el caos existente entre los datos que se refieren a una región determinada, caos que se refleja claramente en la nomenclatura geográfica de poblaciones y de accidentes del terreno, con repeticiones inconsultas y cambios caprichosos de nombres y su aplicación, por mero espíritu de innovación o por ignorancia de la nomenclatura preexistente. Examinando el mapa, se notan varias lagunas con el nombre de Mar Chiquita, varias ciudades con los nombres de Mercedes, Luján y San Martín, muchos ríos Salado, Colorado y Chico, sin contar los numerosos nombres que recibe un mismo río, como es el caso del Salado del Norte, del Salí y del Bermejo — Desaguadero — Salado — Chadi Leufú — Curacó.

En los últimos tiempos, toda una serie de estudios monográficos y de índole especial, debidos a expertos hombres de ciencia, nos ha presentado el país bajo distintos aspectos, ensancha-

do y completado el horizonte geográfico. Mucho le debe la geografía general y especial al rápido vuelo tomado por la Fito y Zoogeografía, la Climatología, la Etnografía, la Arqueología, el Folklore y la Paleontología, gracias a los esfuerzos de Burmeister, Gualterio Davis, Berg, Spegazzini, Bodenbender, Doering, Schickendantz, Carlos y Florentino Ameghino, Moreno, Zeballos, Bruch, Lahille, Hieronymus, Holmberg, Lafone Quevedo, Outes, Lehmann Nitsche, Torres, Ambrosetti y muchos otros.

El progreso incesante de la Argentina trajo forzosamente, como consecuencia, un mayor conocimiento de la topografía regional, necesario para el trazado de caminos y de la red ferrocarrilera. Otro elemento ha venido a contribuir en mucho y es el problema del fraccionamiento de la tierra fiscal, conquistada en la guerra contra el indio, y su estudio sobre el terreno para deslindar las propiedades; y si esto ha sucedido en la región antes despoblada, en mayor grado ha sucedido en el Litoral, donde la población se hace más y más densa y la propiedad particular va seccionándose paralelamente.

Es digna de nota la existencia de varios libros didácticos que prestan grandes servicios a la enseñanza, sintetizando y amoldando a la mente de los niños y de los jóvenes los datos esparcidos en gran número de obras y de revistas; dichos textos, en su redacción y en la nitidez de los mapas, no siempre son ideales, pero, en general, son excelentes.

La cartografía no se halla a la altura de las obras descriptivas, ello se debe a la escasez de trabajos geodésicos continuados y pacientes; los mapas existentes son, en mucho, deficientes y se construyen, casi siempre con cálculos incompletos o precipitados. Es un esfuerzo digno de mención el hecho bajo el patrocinio del Instituto Geográfico Argentino, al publicar su hermoso Atlas; pero, fuera de éste, los demás trabajos consisten tan sólo en mapas especiales y sueltos. «Entretanto, una serie de *nuevos mapas* de la República Argentina, obras más o menos vistosas de dibujantes hábiles, que no añaden a los existentes otra cosa que el cambio de escala y colorido, invaden los escaparates de nuestras librerías, a la par de recopilaciones pacientes, de indiscutible mérito, con agregados de material

propio perteneciente a sus autores» (1). Pero, llevar a cabo la cartografía de precisión de la República no puede ser obra de una sola persona, así es que resulta excelente la labor desplegada por el Instituto Geográfico Militar, que actualmente está procediendo a la construcción de varias cartas topográficas de sumo interés militar y general, como también se ha encargado de la tarea, que corresponde a la Argentina, para el proyectado mapa del mundo al millonésimo.

X 2.—*Conveniencia de una Bibliografía Geográfica Argentina.*

«Antes, se leía; hoy, se consulta, se compulsu y hojea. *Vita brevis, ars longa!* Sobra que leer, falta tiempo y hasta gusto para seguir servilmente al autor a través de los dédalos del plan personal que se ha trazado y que, en vano, procura imponer a todos los que lo leen.

«Se consulta las obras, esto es, se va hacia ellas en procura de respuestas a preguntas muy precisas, especialísimas... Raro será que la respuesta adecuada se encuentre en un libro único y que no sea menester obtenerla mediante la combinación de soluciones fragmentarias proporcionadas por diversas obras. De ahí la necesidad de tenerlas al alcance en grandes cantidades, las mayores posibles; de ahí también la necesidad de no eliminar sistemáticamente ninguna obra de las colecciones de libros, por razón de la escasa importancia y valor que se le atribuya» (2)

El problema está bien planteado por el eminente bibliógrafo belga Paul Otlet, quien, con la contribución de Henri La Fontaine, es el alma del Instituto Internacional de Bibliografía que ha prestado ya valiosos servicios. Copiosa y variada es la producción intelectual que nos han legado los tiempos pasados: copiosa y variada es la producción intelectual que los contemporáneos quieren entregar a la mente robusta de los hombres del porvenir, y la corriente va adquiriendo más y más fuerzas, no hay síntoma alguno que la progresión intente volverse regresión. Hay que reconocerlo: se escribe demasiado, la mole de

(1) — GARCÍA APARICIO (E.). — 1918. — *La Carta de la República*. — Buenos Aires, «Anuario del Instituto Geográfico Militar», tomo I, pág. 4.

(2) OTLET (Paul). — 1908. — *Les sciences bibliographiques et la documentation*. — Bruxelles, «Bulletin de l'Inst. Intern. de Bibliographie», t. VIII.

papel impreso y manuscrito nos vuelve perplejos, nos desconcierta, nos asusta; se escribe demasiado y, sobre todo, demasiado mal, con excesiva precipitación; escribe el diminuto chiclelo, sobre las paredes, cuantas *buenas* palabras sabe, como demostrando la acción incipiente y eficiente de la escuela; escribe el pensador, el comerciante, el loco, el estudiante aprovechado tomando apuntes sobre el boleto del tranvía; los ojos ya no son el espejo del alma, el examen atento de la fisionomía no nos da más el temperamento personal, *ella* ya no cree en la palabra de *él*, ahora hay que recurrir a un procedimiento moderno e infalible, hay que consultar la *grafología*; en nuestros tiempos, hasta... los diputados saben escribir.

Pero, volvamos a la seriedad, porque en caso contrario se esfuma la probabilidad de propiciarnos el director, y, para que la seriedad sea completa, citemos una opinión autorizada: «El libro es la herramienta del trabajador intelectual; la bibliografía, conocimiento del libro, es el medio de conocer la herramienta más apropiada a cada trabajo particular.

«Dos grandes modos hay de adquirir la ciencia: uno, por la observación y la reflexión personales, otro, por el conocimiento de los hechos y de las teorías a favor de la lectura. El segundo es el modo más común en todo lo que concierne al saber adquirido. Casi todo lo que los hombres han sabido en el curso de los siglos, lo han consignado por escrito y lo que aun aprenden cada día, lo comunican a sus semejantes por medio de los libros, de las revistas y de los diarios. De modo que las revistas, los libros y los diarios constituyen en su conjunto, el vasto receptáculo de la ciencia humana, de donde cada cual puede extraer liberalmente la porción de conocimientos que necesita. Pero, no basta saber que en los libros, en general, se hallan consignadas las ciencias adquiridas ya registradas, las teorías construídas ya o los hechos recogidos y clasificados; importa saber, con precisión, en qué libros lo están. La enorme acumulación de los escritos hace necesario un guía — que es precisamente la bibliografía.

«¿Qué libros ha escrito tal autor? ¿Qué trabajos se han publicado sobre tal asunto? He aquí las dos cuestiones esenciales a que debe responder el bibliógrafo. Enunciarlas es afirmar,

al mismo tiempo, que la bibliografía es el auxiliar de todas las ciencias y que la tarea que le corresponde es inmensa» (1).

El *Instituto Internacional de Bibliografía*, fundado en Bruselas en 1895, se preocupa de aunar todos los esfuerzos bibliográficos especiales que aparecen en los países. Objeto de esta institución es el de estimular dichos trabajos y, especialmente, el de uniformar los métodos de clasificación y los procedimientos para constituir el llamado *Repertorio Bibliográfico Universal*, que pueda responder a las modernas exigencias intelectuales. Esta loable empresa, que una vez terminada — es decir, puesta al día — aportará inmensos beneficios, se hace por contribuciones o bibliografías especiales y regionales, que, al ser reunidas, constituyen el inventario de la documentación, de todos los tiempos y de todos los países.

Una bibliografía de los escritos de carácter geográfico, que se refieren a la República Argentina, se impone como una obra de interés altamente científico y como principio de la participación del país en el movimiento bibliográfico universal. Es sabido que la geografía — como todas las ciencias, en mayor o menor grado — necesita la colaboración de muchas otras disciplinas; pero, también es cierto que la geografía suministra numerosos conocimientos a las otras ciencias y se vuelve la colaboradora, más o menos indispensable, de muchas profesiones. El especialista encontrará, en la bibliografía geográfica, una ayuda eficaz para sus estudios, ayuda que se resolverá en un ahorro notable de tiempo, puesto que, hasta ahora, cada investigador — cuando es ordenado — pierde lastimosamente mucho tiempo, confeccionando una lista bibliográfica, tan sólo para su uso y abuso; el individuo de preparación general saldrá también beneficiado al consultarla, porque podrá conocer así la obra que más le conviene, evitándole rebuscas inútiles.

La conocida *Colección de documentos para la historia del Río de la Plata* de Pedro de Angelis, es una valiosa contribución histórico-geográfica, en forma de *corpus*. Existen varias

(1) OTLET Paul, — 1901. — La coopération internationale dans les travaux bibliographiques -- Bruxelles, Congrès Intern. de Bibliogr.; procès verbaux et notes, p. 106. — Esta cita y la anterior las tomamos de: BIRABEN (Federico), — 1901. — La futura biblioteca universitaria. — Buenos Aires, «Revista de la Universidad de Buenos Aires»; tomo I.

- listas de bibliografía geográfica, publicadas como apéndice de algunas obras; tenemos conocimiento de las siguientes:
- Martin de Moussy*. 1869. Description géographique et statistique de la Confédération Argentine. Atlas.
- Burmeister*. 1876. Description Physique de la République Argentine.
- Paz Soldán*. 1885. Diccionario geográfico, estadístico, nacional, argentino.
- A. Seelstrang*. 1894. Atlas de la República Argentina.
- Juan Valentín*. 1898. Geología, en «Segundo Censo de la República Argentina».
- A. Seelstrang*. 1894. Atlas de la República Argentina.
- Juan Valentín*. 1898. Geología, en «Segundo Censo de la República Argentina».
- Carbajal*. 1899-1900. La Patagonia
- Ezio Colombo*. 1904. La República Argentina.
- Rien + Colombo*. Geografía Argentina. Ediciones de 1905 y de 1910.
- Correa Morales*. 1910. Ensayo de Geografía Argentina. Parte física.
- García Aparicio*. 1913. La Carte de la République Argentine.
- Enciclopedia Espasa*. Artículo «Argentina»; tomo VI.
- Gaspar Soria*. Biblioteca y Mapoteca Histórico-Geográfica de la República Argentina. — Bs. As., Anuario del Inst. Geogr. Militar; tomos II, III.

Pero, todas adolecen de varios defectos; algunas por lo pronto, son anticuadas; otras son de selección, es decir, incompletas, como incompleta y deficiente es siempre su redacción que suministra pocas indicaciones; otras, en fin, han sido hechas con un criterio demasiado amplio y contienen obras que presentan escasa afinidad con la geografía. Existen también los catálogos de varias bibliotecas, pero, éstos están lejos de presentar el cuadro completo de la literatura geográfica argentina.

Esta crítica no significa que damos *un calcio alla greppia*, porque, a pesar de todo, las listas citadas no deben ser despreciadas, tienen indicaciones interesantes sobre escritos que no están siempre a nuestro alcance, para proceder a la redacción

bibliográfica completa y definitiva; hay que repetirlo: ellas constituyen una obra provisoria, deficiente, pero útil.

Nuestro trabajo: redacción de títulos, indicaciones sobre la materialidad del libro, formación de catálogos, clasificación y ordenación de las piezas y demás tareas bibliográficas, está hecho de acuerdo con las normas dadas por el Instituto de Bruselas. En cuanto a la extensión, es decir, al plan, circunscribimos nuestra tarea al círculo puramente geográfico; el plan presentado por Chavanne (1) es demasiado extenso, abarca un número excesivo de capítulos y no sirve de ninguna manera para la bibliografía geográfica.

3.—*La clasificación decimal documentaria*

Hemos adoptado la clasificación decimal porque, dentro de lo convencional de todos los sistemas bibliográficos, nos ha parecido la más racional y la de mejor aplicación para estos trabajos; son ya numerosas las bibliografías periódicas que se han adherido al Instituto de Bruselas; entre las asociaciones que han adoptado el sistema decimal hay algunas muy poderosas, verbigracia, el Instituto Internacional de Agricultura de Roma.

En la República Argentina, no han faltado ensayos de organización de bibliotecas y de bibliografías, debidos especialmente a la propaganda incesante y entusiasta del distinguido ingeniero Federico Birabén, quien, con una verdadera «paciencia de benedictino», brega continuamente por la realización de «la obra de romanos», el proyectado Repertorio Bibliográfico Nacional o inventario completo de la producción intelectual argentina y que a la Argentina se refiera.

La clasificación decimal se debe a Mr. Melvil Dervey, quien la formó en 1873; después fué ampliada, hasta que en 1895 fué adoptada por el Instituto Internacional de Bibliografía, nacido entonces en Bruselas; el sistema, corregido en parte, fué considerablemente ampliado por un gran número de especialistas.

Según este sistema de clasificación, el conjunto de los conocimientos humanos se divide en 10 grandes grupos, asig-

(1. CHAVANNE (José). — 1895. — Sobre la Bibliografía Geográfica Argentina. — Buenos Aires, «Boletín del Inst. Geogr. Argentino»; tomo XVI, pag. 293

nándole a cada uno un índice o número clasificador, en cifra arábica :

- 0 Obras generales.
- 1 Filosofía.
- 2 Religión.
- 3 Ciencias sociales.
- 4 Filología Lingüística.
- 5 Ciencias puras.
- 6 Ciencias aplicadas.
- 7 Bellas artes.
- 8 Literatura.
- 9, 91, 92 Historia. Geografía. Biografía.

Luego, cada uno de estos grupos se divide, a su vez, en 10 nuevos grupos o divisiones. Así, tomando, como ejemplo [0] Obras generales y [5] Ciencias puras, tenemos :

- 0 Obras generales.
 - 00 Prolegómenos del saber.
 - 01 Bibliografía.
 - 02 Biblioteconomía.
 - 03 Enciclopedias generales.
 - 04 Colecciones generales de ensayos.
 - 05 Revistas y publicaciones periódicas generales.
 - 06 Sociedades generales. Academias.
 - 07 Periódicos. Periodismo.
 - 08 Poligrafías generales.
 - 09 Manuseritos y libros raros.
- 5 Ciencias puras.
 - 50 Generalidades.
 - 51 Matemáticas.
 - 52 Astronomía. Geodesia.
 - 53 Física.
 - 54 Química y Mineralogía.
 - 55 Geología.
 - 56 Paleontología.
 - 57 Ciencias biológicas.
 - 58 Botánica.
 - 59 Zoología.

Ahora bien, cada división da lugar a 10 nuevos grupos o secciones :

- 01 Bibliografía.
- 010 Generalidades.
- 011 Bibliografías universales.

- 012 Bibliografías individuales de autor.
- 013 Bibliografías por categorías de autores.
- 014 Bibliografías de anónimos y pseudónimos.
- 015 Bibliografías nacionales.
- 016 Bibliografías especiales.
- 017 Catálogos de bibliotecas, de librerías y de venta.
- 018 Clasificaciones especiales de las bibliografías.

De esta manera, la clasificación va ampliándose sucesivamente en subdivisiones, según las exigencias de la especialización; hay que advertir que no siempre se deben llenar las 10 divisiones, ello depende del desarrollo de la ciencia; esta clasificación es de serie abierta, no es cerrada, sus subdivisiones son susceptibles de aumentar. Su aprendizaje no es pura cuestión de memoria, como podría creerse, porque se respeta, en lo posible, la sucesión de los conceptos particulares de uno general:

- 5 Ciencias puras.
- 55 Geología.
- 551 Geología física y dinámica.
- 551.4 Superficie del globo, Geografía física.
- 551.48 Hidrografía y régimen de las aguas superficiales.
- 551.482 Cursos de agua. Ríos, torrentes, arroyos, etc.
- 551.482.1 Deltas. Desembocaduras.

«Se comprende que la subdivisión o agrupamiento pueda seguir haciéndose *indefinidamente*, y que será siempre posible, con tal sistema, hacer corresponder a cada noción (por lejana o ínfima que sea en la escala de los conocimientos) un símbolo único. Ciertamente es que la subdivisión decimal es en sí misma arbitraria o, mejor decir, *artificial*, que no reconoce ninguna base *natural* o *filosófica*; pero es *convencional* y *fija*, y esto basta a los fines de la clasificación, en cuanto ésta sólo persigue, aquí, la realización de una nomenclatura meramente *bibliográfica*.

«Ahora bien, esta nomenclatura decimal reúne ventajas incontestables y que la hacen de todo punto notable. Es *ideológica* y *universal*, pues los símbolos que adopta representan realmente ideas, y no palabras, y abarcan la totalidad del saber. Es *internacional*, por eso mismo y porque sus símbolos (las cifras) lo son. Es *metódica* y hasta *uniforme* y *sistemática*, en virtud de las reglas rigurosas que rigen la formación de

las subdivisiones de diverso orden. En fin, es indefinidamente *extensiva*, lo cual concurre a darle ese carácter genuino de su elasticidad perfecta, de que resulta en parte su doble e innegable valor técnico y práctico.» (Federico Birabén, escrito citado).

Existen, además, otros símbolos auxiliares que prestan grandes servicios y pueden aplicarse a cualquier índice:

- el punto, signo de separación (facilita la lectura).
- : los dos puntos, o signo de división, relación o conexión.
- el guión, signo de soldadura.
- ≡ el doble guión, signo de subdivisión.
- () el paréntesis, signo de subdivisión.
- « » las comillas, signo de subdivisión.
- A-Z las letras alfabéticas (mayúsculas), signos complementarios de individualización.
- + el signo de adición, destinado a reunir otros símbolos.

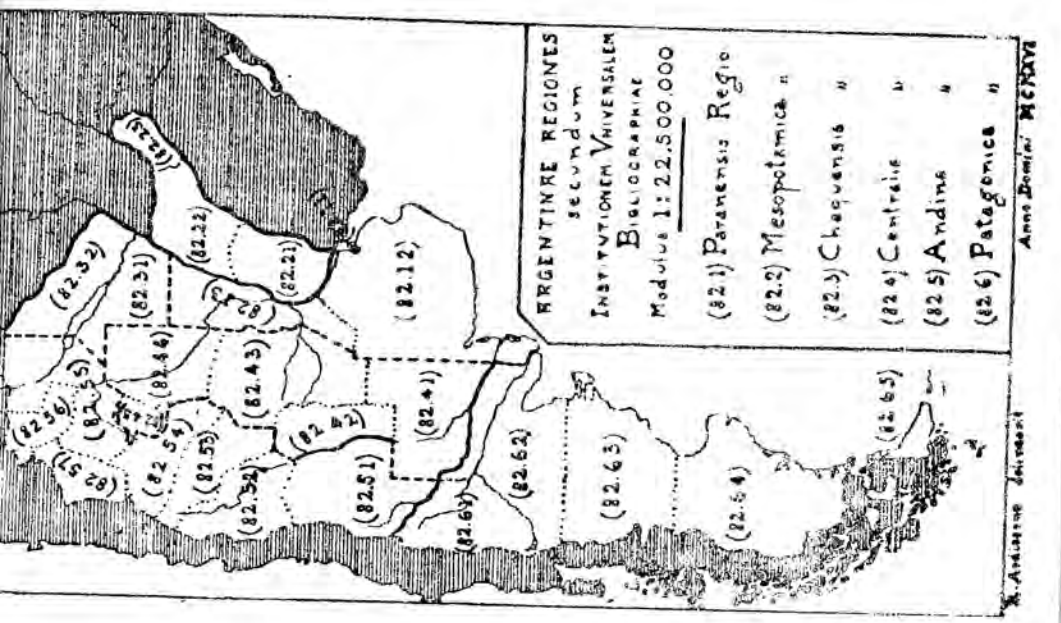
Por falta de espacio, damos, a continuación, tan sólo las partes principales de las tablas auxiliares, habiendo ya hablado arriba del mecanismo de la tabla principal de materia. Estas tablas auxiliares (de forma y de lugar) se aplican a todas las materias.

Subdivisión común de forma:

- (01) Teorías.
- (02) Tratados
- (03) Enciclopedias. Diccionarios.
- (04) Ensayos. Estudios.
- (05) Periódicos. Revistas.
- (06) Sociedades. Instituciones. Colectividades.
- (07) Enseñanza.
- (08) Poligrafías.
- (09) Historia del asunto.

Subdivisión común de lugar:

- () Universal, en cuanto al lugar.
- (1) Lugares geológicos.
- (2) Lugares y medios físicos.
- (3) Lugares de la antigüedad clásica.
- (4) Europa
- (5) Asia.
- (6) Africa.
- (7) América del Norte.
- (8) América del Sud.

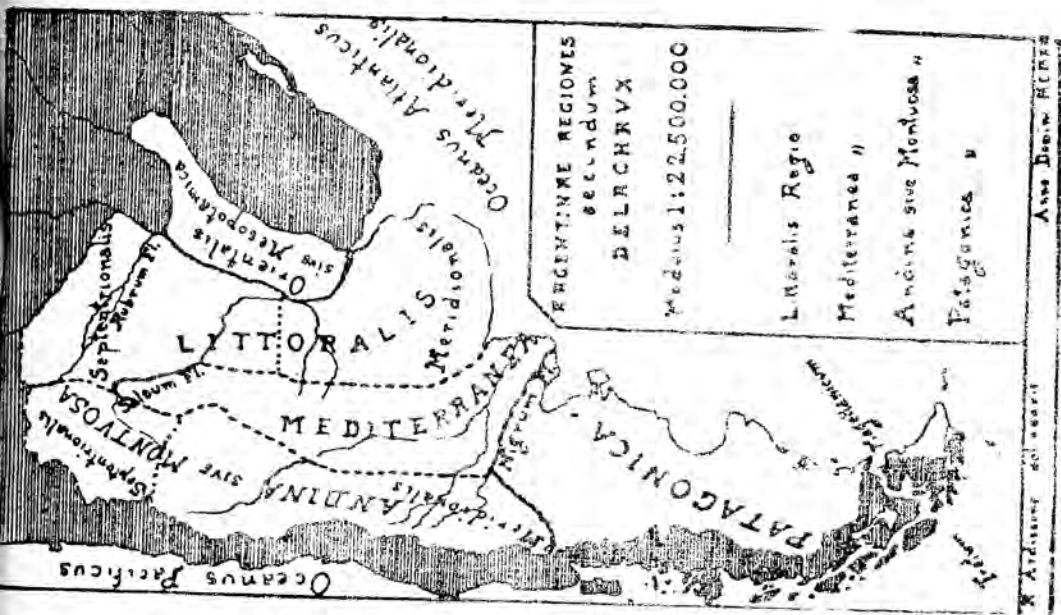


ARGENTINAE REGIONES
 secundum
 INSTITUTIONEM VIVENSIALEM
 BIOGEOGRAPHICAE
 Modulus 1: 22.500.000

- (82.1) Paranensis Regio
- (82.2) Mesopotamica "
- (82.3) Chaquensis "
- (82.4) Centralis "
- (82.5) Andina "
- (82.6) Patagonica "

X. Anderson delincent

Anno Domini MCMXX



ARGENTINAE REGIONES
 secundum
 BELCHERUM
 Modulus 1: 22.500.000

- Littoralis Regio
- Mediterranea "
- Andina sive Montuosa "
- Patagonica "

X. Anderson delincent

Anno Domini MCMXX

- (82) República Argentina.
 - 82.1) Zona del Paraná.
 - (82.11) Capital Federal.
 - (82.12) Provincia de Buenos Aires.
 - (82.13) Provincia de Santa Fe.
 - (82.2) Zona mesopotámica.
 - (82.21) Provincia de Entre Ríos.
 - (82.22) Provincia de Corrientes.
 - (82.23) Territorio de Misiones.
 - (82.3) Zona chaqueña.
 - (82.31) Territorio del Chaco.
 - (82.32) Territorio de Formosa.
 - (82.4) Zona central
 - (82.41) Territorio de la Pampa.
 - (82.42) Provincia de San Luis.
 - (82.43) Provincia de Córdoba.
 - (82.44) Provincia de Santiago del Estero.
 - (82.45) Provincia de Tucumán.
 - (82.5) Zona andina.
 - (82.51) Provincia de Mendoza.
 - (82.52) Provincia de San Juan.
 - (82.53) Provincia de La Rioja.
 - (82.54) Provincia de Catamarca.
 - (82.55) Provincia de Salta.
 - (82.56) Provincia de Jujuy.
 - (82.57) Territorio de los Andes.
 - (82.6) Zona patagónica.
 - (82.61) Territorio del Neuquén.
 - (82.62) Territorio del Río Negro.
 - (82.63) Territorio del Chubut.
 - (82.64) Territorio de Santa Cruz.
 - (82.65) Territorio de Tierra del Fuego.
 - (82.99) Islas Malvinas o Falkland.
- (9) Oceanía. Regiones polares.

Las tablas de lugar, en la parte argentina, han sido considerablemente ampliadas por el distinguido doctor Fernando Lahille; como se ve, la división en zonas corresponde casi exactamente a la división en regiones naturales hecha por Delachaux (1).

(1) DELACHAUX (Enrique A. S.). — 1908. — Las regiones físicas de la República Argentina. — Buenos Aires. «Revista del Museo de La Plata», tomo XV (segunda serie, tomo II); pág. 102-131; 8 mapas t. t.

Como muestra de clasificación ideológica de las obras, sirvan los tres ejemplos siguientes:

91 Geografía.

(82) República Argentina.

(075.3) Texto elemental, para la enseñanza primaria.

91 (82) (075.3) Texto elemental de Geografía argentina.

551.4 Geografía física.

(82.6) Patagonia.

(045) Artículo de revista.

551.4 (82.6) (045) Artículo de revista sobre la Geografía física de la Patagonia.

91 Geografía.

(82.12) Provincia de Buenos Aires.

(031) Diccionario grande.

= 6 Idioma castellano.

91 (82.12) (031) = 6 Gran diccionario geográfico de la Provincia de Buenos Aires, escrito en castellano.

Para completar una bibliografía geográfica argentina, consideramos conveniente redactar estos tres catálogos:

a) *Ideológico o de materias* (ordenado según el índice decimal, obtenemos así todo lo que se ha escrito de una materia, sobre las distintas localidades);

b) *alfabético por autores* (se llega al documento conociendo el apellido del autor);

c) *locativa o por orden de localidades* (éste resultaría de interés especial para la geografía, porque nos daría el inventario de los escritos, de distinto orden, que se refieren a un lugar determinado).

Ejemplo de clasificación locativa:

(82.13) *Provincia de Santa Fe.*

(82.13) 55 Geología de la Provincia de Santa Fe.

(82.13) 551.48 Hidrografía de la Provincia de Santa Fe.

(82.13) 91 Geografía general de la Provincia de Santa Fe.

(82.13) 912 Cartografía de la Provincia de Santa Fe.

(82.21) *Provincia de Entre Ríos.*

(82.21) 325 Colonización de Entre Ríos.

(82.21) 58.19 Fitogeografía de Entre Ríos.

(82.21) 59.19 Zoogeografía de Entre Ríos.

(82.21) 91 Geografía general de Entre Ríos.

(82.21) 912 (002) Atlas de Entre Ríos.

Buenos Aires, Octubre de 1914 y Mayo de 1916.

ROMUALDO ARDISSONE.